





Crítica de Libros

Pasvolsky, L.-CURRENT MONETARY ISSUES. Washington: The Brookings Institution. 1933. Págs., 192. $ 1.50

La Institución Brooking completa con esta obra las cincuenta y dos que forman su serie del Instituto de Economía. Como otras, tiene por objeto informar inteligentemente al pueblo norteamericano sobre problemas del momento, de importancia nacional o internacional.

Quizás este propósito presidió, en gran parte, el plan del libro, que no es otro sino una revisión de las situaciones y problemas monetarios desde principios del año de 1933, con una introducción que recuerda al lector las circunstancias en que Inglaterra abandonó el patrón oro el 21 de septiembre de 31. Además de este capítulo inicial sobre el colapso del patrón oro, hay otros seis que, respectivamente, se refieren a los siguientes tópicos: La incubación de la Agenda anotada de la Conferencia Monetaria y Economía Mundial de Londres; los varios cambios de opinión sobre el problema monetario norteamericano y mundial, que ha habido en la Administración Americana; el conflicto de opiniones en la Conferencia de Londres; las tres distintas posiciones sobre el problema monetario que han asumido, respectivamente, el Bloque Oro, el Imperio Británico y los Estados Unidos; el plan de compras de oro del Presidente Roosevelt

y, finalmente, un capítulo de resumen en que se abordan "los dos problemas mayores": implicaciones de la incertidumbre monetaria y el futuro de la organización monetaria. Completa el volumen una parte documental en que se agrupa material conocido, pero usualmente disperso.

La narración de las circunstancias en que el patrón oro fué abandonado, primero por países aislados, después por grupos importantes de ellos, es más bien sumaria y contiene, apenas, los hechos indispensables. En cambio, la descripción de los puntos de vista opuestos de los expertos que redactaron la Agenda Anotada, está hecha con mayor detalle y, en cierto sentido, contiene material original recogido en entrevistas y conversaciones del autor con algunos de los participantes en las reuniones. Es, quizás, un poco infiel la presentación de tesis cortantemente separadas sobre los precios y sus relaciones con la restauración monetaria y la recuperación económica general. Ciertamente Francia, y los países que después habrían de llamarse el Bloque Oro, sostuvieron la doble tesis de que la disparidad en los costes de producción y los precios, debería reducirse abatiendo los primeros, y que una alza de precios sólo podría ser consecuencia, no causa, de un movimiento de recuperación económica. De la misma manera, es verdad que los expertos ingleses insistieron sobre las dificultades de reducir los costes, de manera especial el de la mano de obra, atendiendo al grado cada vez mayor de rigidez de la estructura económica, y, como consecuencia, sostuvieron que la disparidad entre costes y precios debería borrarse provocando una alza en los últimos, considerando el resorte monetario como uno de los más eficaces para lograrlo. A pesar de que, en general, las dos tesis opuestas existieron y de que los contornos de cada una se apreciaron con claridad, el problema no tiene sólo un aspecto político, sino que sus raíces están en la ciencia económica misma, pues ésta no sabría aconsejar, sin ciertas reticencias, un camino y no el opuesto.

Uno de los capítulos más meritorios por llenar mejor su fin de información inteligente, es aquél en que se explican los cambios que fueron produciéndose en la opinión oficial norteameri-

cana en cuanto a los problemas que iba a examinar la Conferencia de Londres, la posibilidad de coordinar los intereses propios con los ajenos y, finalmente, el divorcio ya franco del programa nacional de recuperación económica de los Estados Unidos y las soluciones y exigencias, sobre todo de los países europeos. La confusión fué tan grande, lo hace resaltar el autor, que aun decidido el Gobierno norteamericano a concentrar su esfuerzo en los problemas internos, la legislación más importante para resolver éstos padecía de ese gran defecto. El señor Pasvolsky, comentando las leyes que autorizaron al Presidente Roosevelt a introducir cambios en el sistema monetario yanqui, dice: "De hecho, las disposiciones (de la Ley) eran tan confusas, que parecía que el Presidente había sido autorizado para establecer, a su discreción, el bimetalismo y, simultáneamente, parecía obligársele a mantener sólo el patrón oro".

En cambio, el capítulo destinado a explicar cómo se produjo el conflicto de opiniones en Londres y cómo, también, la Conferencia terminó con un mal disimulado fracaso, no es tan satisfactorio, al menos para un lector extranjero. No se toca, por ejemplo, el punto de la heterogeneidad de la Delegación norteamericana, la oposición entre el jefe de ella, Hull, y el representante personal del Presidente, señor Moley, las razones verdaderas por las que la Delegación americana firmaba, y aún promovía, una declaración recomendando la conveniencia de estabilizar los sistemas monetarios sobre la base del patrón oro y, al mismo tiempo, el Presidente hacía actos y declaraciones que no pudieron interpretarse entonces, ni pueden serlo hoy, sino como claras desautorizaciones del Primer Mandatario yanqui.

Tampoco es tan jugoso como pudiera, el capítulo que describe las posiciones que respectivamente han tomado sobre el problema monetario los países del Bloque Oro, el Imperio Británico y los países escandinavos y los Estados Unidos. La importancia, por ejemplo, de la Declaración Imperial hecha a raíz de la clausura de la Conferencia de Londres, no se destaca; el problema de hasta qué punto es posible que los países del Bloque Oro puedan mantener su posición, no se explora, y las medidas

tomadas por los Estados Unidos, comentadas como están, con alguna amplitud, no lo son con un espíritu de comprensión y de simpatía, sino que, por el contrario, el autor no puede ocultar al lector un cierto prejuicio que la gravedad de los problemas de hoy no podrán nunca fundamentar suficientemente.

De todas maneras, como se dijo al principio, el libro del señor Pasvolsky es de un gran interés y, hasta donde puede recordarse ahora, es quizá el mejor en su género.—*D. C. V.*

Kemmerer, E. W.-KEMMERER ON MONEY. Filadelfia: Winston, 1934. Págs., 197. Dls. 1.50.

El título mismo del libro del profesor Kemmerer revela mucho de su temperamento y carácter personales y, también, la gran trascendencia que parece concederle.

Aun cuando se sabe muy bien que es costumbre reconocida, no culpar al autor por los anuncios hechos respecto de los méritos de algún libro por el editor de éste, no deja de ser significativo el que se encuentra en la cubierta de éste: "Conocido aquí y en el exterior como el Doctor Monetario del Mundo, el doctor Kemmerer ha tenido más experiencia que nadie en la historia, reorganizando sistemas monetarios. Ha tomado una parte sobresaliente en la reorganización de los sistemas monetarios de doce países situados en cinco continentes".

En ocasión de la política monetaria y económica seguida por el Presidente Roosevelt, ante una situación de emergencia sin paralelo en la historia del mundo, los economistas académicos americanos y aun los meros practicones, se han dividido en campos de muy diversos matices, pero que, burdamente, pueden agruparse en ortodoxos y heterodoxos, entre los partidarios del *sound money* y los partidarios, diríamos, del *unsound money*. A buen seguro que el profesor Kemmerer está en el grupo primero, aun cuando lo es también que muchos de los componentes del mismo lo pondrían en la extrema derecha, es decir, en la situación de un señor a quien apenas si ha impresionado ligeramente la catástrofe económica iniciada en el otoño de 1929.